



ANÁLISIS DE CONTEXTO GLOBAL E INTERNACIONAL DEL CAPITALISMO IMPERIALISTA

En un mundo en continuo conflicto y guerra a las oprimidas es más complejo realizar unas atinadas proyecciones sociales y vislumbrar sendas emancipatorias, el shock es el medio natural en el que se mueve el capitalismo como pez en el agua. Es el capitalismo global quien nos inocular distopía cotidianamente, quien nos ha convencido del fin de la historia según anunciaba el neoconservador Francis Fukuyama en 1992, quien ha cooptado completamente las narrativas socio-políticas y ha conquistado la hegemonía cultural.

En ese muro compuesto de barbarie, es donde se hace necesario por nuestra supervivencia emancipadora explorar las brechas del muro, introducir los dedos y tirar fuertemente para agrandarlas. Este mundo capitalista tiene un tablero de juego bien definido con actores geopolíticos complejos y una economía financiera criptotecnológica, todas las piezas son reemplazables siempre y cuando no se desdibuje ese tablero. Pero el capitalismo no tiene en cuenta siquiera que el tablero se asienta sobre un planeta con límites ecológicos y medioambientales. El sistema actual se ha convertido en un monstruo contrario a toda lógica humana y científica. Es una locomotora sin frenos que ha logrado enraizar enormemente su motor de supervivencia de ilimitado crecimiento del capital a costa de explotación y muerte, y que nuestras vidas difícilmente puedan desligarse de ese sistema de caos a todos los niveles.

Un mundo multipolar.

Desde los años 90 hemos padecido una expansión ilimitada del neoliberalismo, siendo el corazón de la bestia el denominado Norte Global (EE.UU., Canadá, Europa, Australia y Japón), donde se viven evidentemente consecuencias graves y precariedad, debido a las crisis cíclicas y en base a la reorganización multipolar del mundo, y sin embargo, la guerra declarada abiertamente es a las poblaciones en las periferias de estas latitudes. Continentes como América Latina, África y casi la totalidad de Asia, son prisioneros del extractivismo de recursos, de la deuda externa y las deslocalizaciones industriales.

Ese imperialismo unipolar estadounidense que se consolidó en los años 90 está evolucionando hacia un mundo multipolar. EE.UU. ya no puede sofocar las crisis exclusivamente con golpes de mando sobre América e invasiones militares sobre otros territorios. Otras potencias están reclamando su parte del pastel, pero los valores de esos movimientos geopolíticos los marca siempre la lógica de mercado. Esa sensación de gran declive estadounidense es una sensación psicosocial que se instala en el resto de la globalidad, pero no se traduce materialmente. El imperialismo sigue vivo y actuando criminalmente, en la actualidad se está convirtiendo en nuevos bloques o polos que están profundamente interconectados y dependientes entre sí.

A día de hoy, el objetivo de este imperialismo con sus distintos polos es una carrera por la preeminencia económica energética y tecnológica, fundamentalmente la protección a ultranza de ese capital tecnológico y energético, es decir, que la economía ya no es producción material. Además, el uso y consumo de la tecnología capitalista está provocando una grave brecha social con consecuencias e impacto sobre las vidas de los individuos de las sociedades globales. Actualmente no se produce tecnología a escala humana, ya no es posible conquistarla para los intereses de las clases oprimidas, porque esta ha sido pensada y diseñada exclusivamente para los intereses del capitalismo global. El imperialismo que mencionamos, representado por la institución militar estadounidense y organizaciones internacionales como la OTAN, a rebufo de estas lógicas de dominación, defienden los intereses económicos de las clases dominantes.

Esta geopolítica que mueve el mundo es completamente ajena a las sociedades, y debemos entender que luchar contra los regímenes políticos únicamente no es luchar contra el capitalismo como sistema de dominación global. Armonizar ese equilibrio entre luchas locales y luchas globales interconectadas desde ese corazón de la bestia y en coordinación con las periferias del neoliberalismo está en la clave de proponer verdaderas estrategias emancipadoras.

Deuda externa y extractivismo global.

A nivel internacional, el mercado invierte en sus intereses y no en el bien común. Debemos ver en la lucha contra la deuda externa y contra el extractivismo de recursos y mano de obra humana un punto clave a nivel global para construir una fuerza social.

La mayor parte de la deuda pública de los países del sur ha cambiado mucho de acreedores; a finales del siglo XX eran países de Occidente e instituciones como Banco Mundial y FMI, mientras que un tercio de la deuda se debe actualmente a tenedores de bonos, mercados financieros y fondos de inversión globales que han acumulado más poder que los propios países. Otro tercio de estas deudas sí que siguen en manos de estas instituciones económicas internacionales, y el último tercio correspondería a China como sujeto acreedor principal. Está originándose una nueva oleada de austeridad económica, cambiando la retórica de los inicios del siglo XXI, puesto que sí que se solicitan recortes a los países occidentales, pero no así a países emergentes y del Sur Global, a quienes no les animan a esa austeridad, sino al contrario, al desenfrenado consumo.

Existe un vínculo entre las deudas de los países y la emergencia climática, debido a la inversión en adaptación y mitigación de esa huella ecológica, con costos mayores en los países con más riesgo climático. Esto les empuja a una mayor explotación de recursos naturales y combustibles fósiles para paliar estas exigencias energéticas. La deuda es una extorsión no solamente semántica, es una realidad material porque es un producto financiero que se renegocia en mercados secundarios pero con consecuencias primarias en el impacto de la vida de las personas. Deuda y especulación a día de hoy son sinónimos, hemos naturalizado que los bienes comunes sean financiados por los mercados, que el Estado acceda al mercado y que las políticas públicas, por lo tanto, estén a tenor de esas fluctuaciones.

Existen tibias propuestas de las sociedades para la cancelación de la deuda externa y las luchas contra el extractivismo de recursos. En la actualidad no existen ya apenas movimientos antiglobalización que pongan este tema sobre la mesa; además, los propios países del Sur Global solicitan reforzar la capacidad prestataria de instituciones como FMI y BM, se está solicitando dinero en lugar de reclamar una condonación de deuda. Resuenan esperanzadores algunos movimientos de coordinación, como por ejemplo en algunos países africanos, que tratan de unirse para hacer frente desde una posición de autonomía financiera. Además, se intenta con una vinculación a los movimientos por el clima y el medioambiente.

Una salida a estas cuestiones sería creando el colapso de estos bancos y dejando de pagar masivamente esa deuda, tratando de arrebatarles el poder económico actual creando otra clase de relaciones que no se vean enturbiadas por esa dominación de la que se parte y sostenida por la propia deuda. Incluso ese colapso arrastraría a gran parte de la economía social, también la no financiera. Para ello habría que tener igualmente organizaciones sociales y políticas preparadas para soportar ese ataque, como una red

que no solamente sostenga, sino que sea el germen de otras entidades sociales que tengan de su lado la soberanía alimentaria, energética y de salud. La alta dependencia en esos aspectos, y no tener unas estructuras sociales de superación y recambio, hacen imposible ese paso adelante; sin soberanía social no se puede desconectar de esa dictadura financiera.

Crisis climática, sanitaria y precariedad laboral en el sur europeo.

El mar Mediterráneo europeo se ha erigido como una inmensa tumba de migrantes, al igual que en el pasado lo fue el Océano Atlántico y el mercado de esclavos en la modernidad. Otros territorios son auténticas jaulas donde la represión y el exterminio no se pueden camuflar aunque sí mantener impune, como por ejemplo, Palestina. Pero también, igualmente, existen suburbios europeos en ciudades como París, donde la mentalidad y las políticas colonialistas y racistas nunca han sido eliminadas, y siguen actuando fuertemente en connivencia con las precariedades laborales.

En esta década, además, hemos podido vivir una pandemia, un gran acontecimiento sanitario y global que ha modificado gran parte de las perspectivas políticas, consolidando ciertas estructuras coercitivas. Sin entrar en discusiones poco esclarecedoras para una emancipación real sobre los orígenes biológicos, artificiales o ecológicos del virus; la consecuencia ha sido la instalación de un régimen de represión que suma al caos social provocado por el sistema con su precariedad. En el ámbito del Mediterráneo europeo, hace ya bastantes décadas que a través de golpes de Estado, como el de los Coroneles en Grecia, los denominados años del Plomo italiano, o la guerra sucia española contra el movimiento obrero, el sistema capitalista se impuso a sangre y fuego. Se generaron las condiciones específicas de precariedad laboral, privatizaciones posteriores de sectores públicos, reconversiones industriales, pérdida de bienes comunes y de autonomía en general. Esto se traduce en un mercado laboral a medida de los intereses de la clase dominante, una pérdida de derechos colectivos y la búsqueda de soluciones individualizadas.

Otra idea clave extraída de esta apisonadora del neoliberalismo es la inserción del concepto del colapsismo, es decir, el colapso y derrumbe agónico del sistema como un proceso en el tiempo que conlleva varios episodios de crisis económica, climática y energética. Ciertamente, comprarle al capitalismo la idea única del colapso sin más remedio es lanzarse a los brazos de la ideología ecofascista, es decir, dar la razón a aquellos darwinistas sociales que piensan que sobra gente en el planeta. En realidad lo que sobra es una clase dominante que es la responsable de ese proceso de crisis cíclicas y de reparto desigual de bienes y de recursos. También está como telón de fondo la cuestión de crisis cultural y de pensamiento que sufre Europa, materializada desde un punto de partida colonizador e ilustrado, que siempre ha supuesto cavar nuestra propia tumba.

Los ciclos de movilización social están íntimamente vinculados a estas ofensivas del capitalismo, así como su represión y el apaciguamiento a través de vías socialdemócratas. La cresta de la ola reaccionaria que estamos viviendo se debe en gran parte a la irresponsabilidad de la izquierda parlamentaria europea, ya que se vienen fraguando unas condiciones precarias y de explotación actuales debido al neoliberalismo desde los años 90. En el primer cuarto del siglo XXI ha habido un intento de frenar este avance capitalista global a través de movimientos sociales neorreformistas que han eclosionado en partidos como Syriza o Podemos. Sin embargo, en países mediterráneos como Grecia, España o incluso Portugal, una vez experimentada la esterilidad de esa vía institucional como una senda válida para presentar liza al capitalismo, en el segundo cuarto de este siglo se reactivará un ciclo de lucha más intenso que, seguramente, supere esas limitaciones reformistas y se tienda a organizaciones con una impronta revolucionaria más profunda. Además, la continuada pérdida de derechos civiles por parte de colectivos de mujeres, migrantes o de las luchas LGTBIQA+ está siendo una consecuencia de esta ola reaccionaria que vivimos.

Conclusiones.

Con este panorama global y territorial se hace necesario coordinar la revuelta para organizar la revolución o transformación social desde su raíz. El objetivo no es la reforma del sistema, está tan podrido y su base moral es tan contraria al bien común de las sociedades, que solamente su destrucción es una salida conveniente y coherente. Pero bien sabemos que toda destrucción debe ir a la par de la construcción de unas bases donde se desarrolle la autogestión en igualdad y libertad, por lo que un frente relevante de esa dinámica lucha frente al capitalismo debe ser la organización federativa entre distintos colectivos, plataformas y otras entidades anarquistas a nivel global, y tratando de abarcar los niveles intermedios necesarios para lograr una unidad de acción y táctica.

Sabemos también que la toma de ese poder autoritario es completamente inútil, sus instituciones, su tecnología, y sus burocracias internacionales no son de ninguna clase de utilidad para las oprimidas. Ni por la vía institucional ni por la de la revuelta queremos tomar ese mismo poder que solo nos traerá más ruina. La revuelta global debe encaminarse a superar los espacios de autonomía porque en algún momento habrá que hacer frente al capitalismo, que se defenderá con todas sus armas y brutalidad. La perspectiva estratégica que logremos implementar con acción social será determinante en ese objetivo, y en la dialéctica entre autodefensa y ofensiva para dar los pasos necesarios para construir esos mundos nuevos que llevamos en nuestros corazones.